

Puerto Rico

Autor: Manolo Campa

Estuve cuatro días inolvidables en Puerto Rico, la tierra borinqueña "... la que al cantar el gran Gautié llamó la perla de los mares". Esta vez el temor a volar quedó sepultado debajo de las grandes ansias de pisar suelo puertorriqueño.

Mi padre, ya anciano, la visitó durante unos cuantos días y regresó rejuvenecido, alegre, hablando entusiasmado de sus bellezas naturales, y conmovido con la cordialidad que le brindaron. Pensé que exageraba... que eran ternuras de su corazón ya viejo.

Desde entonces la visita a la menor de las Antillas Mayores tenía un lugar en el itinerario de viajes que quiero hacer antes de que llegue el momento del "viaje sin regreso" que emprendemos todos... y que "negocio" frecuentemente con Dios, utilizando las palabras de aquel gran hombre que fue mi buen amigo Rafael Becil: "Señor, al Infierno nunca... y al Cielo, lo más tarde posible".

Llegamos de noche. Cerca de medianoche nos fue a buscar nuestra comadre. El aeropuerto era, como en todos los que he estado y nunca he podido descifrar, enredado y en ampliación.

Llegamos a la casa y me llamó la atención el canto de unos pajaritos que cantaban a oscuras... "ese sonido lo hacen las 'coquis', las ranitas puertorriqueñas", me aclaró mi mujer ostentando sabiduría.

Y de ahí en adelante, las dos señoras que hacía más de veinte años no se veían, empezaron a intercambiar buenas noticias: bodas, nacimientos, bautizos... triunfos de hijos y progresos de nietos. También planeaban las actividades para el día siguiente. Dado lo avanzada de la noche, me despedí sin ser escuchado y me fui a dormir.

Me desperté al despuntar el sol. Las "coquis" todavía estaban en concierto. Salí fuera de la casa y se me humedecieron los ojos... recordé los sentimientos que había sentido mi padre cuando estuvo en la Isla y que no comprendí entonces: ¡Me sentí en una calle de la Habana donde nací!

Me alegré de estar solo para no tener que disimular la emoción que reflejaban mis ojos humedecidos. La bandera que flameaba sobre un edificio cercano itan parecida a la mía! También con una estrella solitaria... pero la mía, como dijo el poeta:... "en distante ribera, rota en menudos pedazos".

Las calles con contenes y aceras por donde caminaban personas con apariencia "a los míos", me enternecían. De mis ojos escaparon dos lágrimas solitarias que delataban mi sentir.

Di los buenos días a una pareja de "medio tiempos" fuera de forma, que enfundados en ropa de correr, caminaban lentamente acompañados de un perro viejo de raza desconocida, al que trataban como si fuera un campeón de gran "pedigree".

Notaron que era forastero porque vestía una camisa deportiva con un letrero de Miami y tenía una cámara fotográfica colgada el cuello. Respondieron a mi saludo y se enfrascaron en una conversación amistosa sobre todo lo bueno que se podía ver en coches tirados por caballos o en paseos por las autopistas: el Viejo San Juan, las Cuevas de Camuy... Me hablaron con entusiasmo sobre las ranitas, el mofongo, el tembleque... hasta que tuve que suspender el diálogo porque desde la casa me llamaban a desayunar.

Unos amigos nos llevaron a dos casinos para que apreciáramos lo regio de los vestíbulos y el colorido que les daban las maquinitas traganíqueles. Les pedí que nos dejaran en el Viejo San Juan.

Era un día lindo, soleado, y despacio, caminando sobre adoquines como los de las calles de la Habana Vieja, recorrimos aquella bien cuidada parte histórica de San Juan acompañados de sentimientos que lo mismo eran de admiración como de nostalgia.

El Morro es impresionante. En muy buen estado, muy limpio. Otra fortaleza llamada San Cristóbal, también impecable, estaba al otro extremo de aquel farallón.

Gratis, en ómnibus con carrocería de tranvía, fuimos de un lado para otro. Mi esposa caminando es incansable, y yo cuando me gusta lo que voy contemplando, la sigo a pesar del cansancio.

La comadre nos llevó a un restaurante de barrio llamado El Guateque. Allí sentí a Puerto Rico... en los casinos no... en el lugar refinado de comida italiana, tampoco. Allí rodeado de los del patio, sí. Allí una viejita notó mi indecisión de novato y me fue sugiriendo en voz baja lo que debía ordenar, hasta que mi mujer intervino mencionando el colesterol y los "tigres serios".

Disfruté de aquellos manjares populares. Comí "mofongo": plátano hervido, aplastado, con chicharrones de cerdo dentro que se come mojando el bocado en caldo de pollo. La batata frita, el plátano entero asado, la carne de puerco deshilachada, me hicieron ignorar los buenos modales pues para no desperdiciar nada, me chupé los dedos como cualquier individuo disfrutando de un almuerzo campestre sin cubiertos ni reglas de urbanidad.

La perra de la familia anfitriona había tenido perritos en esos días y nos invitaron a ir a la consulta de la señora veterinaria para el chequeo de los cachorritos. La doctora cuando supo de donde veníamos, nos invitó a ir a su finca en la cima de una montaña, donde vive y cría perros finos de una raza de nombre alemán difícil de escribir.

De nuevo volví a sentir la melancolía que sintió mi padre... me parecía estar en una loma alta en la Pinar del Río de mis abuelos maternos. Me separé del grupo que se había subido a un peñasco de granito, y a solas, respiré profundo como hacen los hombres cuando la patria "les duele hasta los huesos".

¡Cuánta amabilidad! ¡Cuánto igual a lo mío! Las mujeres, elegantes en el vestir, me recordaban a las de allá, por Galiano y San Rafael, en la época de los piropos respetuosos que agradecían las damas con una sonrisa discreta.

Puerto Rico, la "estrella brillante del Caribe", gracias por dejarme disfrutar de ti y sentir la ilusión de haber estado en mi "Perla de las Antillas".